

PARA CONTARNOS LO QUE SOMOS

Desde antes de que iniciara el Diplomado, quería estar inscrito y asistir a las clases por dos razones. Me explico. Me enteré del diplomado el año pasado, porque una compañera lo cursó. Llegaba emocionada a platicar lo que vivía. Algo le despertó el diplomado, ahora lo sé. Lo segundo: la Academia Mexicana de Ciencias tiene algunas actividades con las llamadas Comunidades de Adolescentes, entre ellas, la serie de conferencias “Domingos en la Ciencia”, donde intentamos que los adolescentes experimenten de manera lúdica lo que es la ciencia y escriban al respecto.

Como todo saben, una parte de los asistentes al diplomado pertenecemos a las llamadas Comunidades, así se llamaron por muchos años, pero ahora son Centros (mucho antes fueron los “tutelares para menores”). Al que estoy adscrito es el Centro Especializado de Internamiento Preventivo para Adolescentes (CEIPA), ahí están adolescentes de 14 a menos de 18 años que están sujetos a una medida cautelar en internamiento preventivo. La mayoría abandonó la escuela; su práctica como lectores o en la escritura está enmarcada a los mensajes por cualquier red social. Aquí entra en juego el diplomado: las habilidades comunicativas.

Todos los días se escribe algo en el CEIPA, en particular, los adolescentes, quienes desde la intimidad de su dormitorio o en alguna actividad de su Programa Individualizado de Actividades (PIA) escriben cartas o diferentes textos: para sus familias, por varias razones; a su novia, para decirle cuánto la extrañan o para reclamarle algo que le contaron. Estar privado de la libertad mueve muchas emociones. También en el “encierro”, nos dice el doctor Víctor Paya en su libro Vida y muerte en la cárcel, “hay tiempo para imaginar, crear fantasías, soñar”. Sí: tienen tiempo y escriben. ¿Cómo escriben? Como pueden: ¿lo pueden escribir de otra manera?, sí, al desarrollar habilidades comunicativas que, por no estar en una escuela y tener una maestra como algunas de mis compañeras del diplomado, no conocen.

Yo, al igual que mis compañeras de salón, esperaba que llegara el sábado; no era raro escuchar —y coincidir en ese sentir— que durante la semana hubo mucho trabajo, y a pesar de no tener ese día para descansar, descansamos pero algo pasó durante el tiempo que compartimos: cada sesión fue un estímulo, una forma de creer que sí existe el sentido de realidad. Diría Robert Musil “también existe el sentido de lo posible”; sentido que nuestro grupo construyó sesión tras sesión con la ponente. El diplomado vino para estimularnos, para sacudir nuestro deseo por ser docentes.

En más de una ocasión comentamos que si uno de nuestros alumnos experimentaba lo que cada sábado vivimos nosotros en el diplomado, trabajar en equipo, ponerse de acuerdo, apoyarse mutuamente, escuchar al otro, desear conocer algo nuevo, la ganancia era para todos: para el alumno, para el docente y la escuela; para el diplomado y —por qué no decirlo— también para la Secretaría de Educación Pública y la Academia Mexicana de Ciencias.

Tal vez mis compañeras ya estén viendo esos frutos o poniendo de nuevo semillas que, seguro, darán fruto. Acá, en el CEIPA, hay varios ejemplos que comentar. Comparto uno. Coincidió con el final del diplomado: por esas fechas, un día Christopher me pidió un cuaderno para tener dónde escribir lo que sentía, a los pocos días me buscó y mostró veinte cuartillas escritas (con muchas faltas de ortografía, problemas de sintaxis y más, claro). Dijo que se le ocurrió un proyecto: “quiero hacer un libro que se la llamará La vida de todos”, dijo. Lo

publicaremos. En esas estamos. Y ahora lo reescribiré con nuevas habilidades comunicativas, porque en vez de ladrar, maullar, piar, graznar, balar, mugir, nosotros tenemos las palabras. Las palabras que dan forma a la experiencia. Tal vez “es posible que no seamos sino una imperiosa necesidad de palabras, pronunciadas o escritas, oídas o leídas” para contar lo que somos, alumnos y docentes. Y para contar lo que somos no hay mejor fórmula que el desarrollo de habilidades comunicativas del Diplomado “La Ciencia en tu Escuela”.

Juan Manuel Domínguez Serna, CEIPA